

**Relato, ficción y vida tronchada.  
Del tiempo incierto de una infancia que agoniza cada día**

*Story, fiction and life cut. Of the uncertain time of a childhood that agonizes every day*

---

**Gladys Madriz<sup>1</sup>**

gladysmadriz@yahoo.com

**Resumen**

En este trabajo nos hemos propuesto explorar, a través del relato, los imaginarios latinoamericanos de la problemática de la violencia. Para ello, hemos realizado un ejercicio de hermenéutica filosófica de una novela brasileña, *Capitães do areia*, cuyo autor es Jorge Amado. La intención es la de seguir de cerca la transformación, fenomenológicamente hablando, que ocurre en un lector cuando se aventura a leer con una cierta apertura, llevado por el estado de encantamiento que un buen texto genera. Por lo tanto, se puede decir que los motivos de este trabajo fueron los siguientes: contribuir con dar a pensar sobre quiénes somos y hacia dónde vamos desde los imaginarios de la violencia. Justamente, el propósito último se ubica alrededor del dar a pensar. Pretendemos con ello insistir en el ejercicio que debe ser permanente en nosotros y también entre nosotros. De manera que imaginarios, juegos de la memoria, relato, y el dar a pensar, se combinan en esta exploración fenomenológica –hermenéutica de una novela.

**Palabras clave:** relato, ficción, infancia, violencia.

**Abstract**

In this work we have proposed to explore, through the story, the Latin American imaginaries of the problem of violence. For this, we have carried out an exercise of philosophical hermeneutics of a Brazilian novel, *Capitães do areia*, whose author is Jorge Amado. The intention is to closely follow the transformation, phenomenologically speaking, that occurs in a reader when he ventures to read with a certain openness, led by the state of enchantment that a good text generates. Therefore, it can be said that the reasons for this work were the following: contribute to giving thought about who we are and where we are going from the imaginary of violence. Precisely, the ultimate purpose is located around giving to think. We intend to insist on the exercise that must be permanent in us and also among us. Thus, imaginaries, games of memory, storytelling, and giving to think, are combined in this phenomenological -hermeneutic exploration of a novel.

**Keywords:** story, fiction, childhood, violence.

Recibido: 22/09/2018 - Aceptado: 10/11/2018

---

<sup>1</sup> Profesora Titular de Filosofía de la Educación y de Psicología de la Educación en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Venezuela

## 1. Presentación.

Y como eje de todo, la idea cristiana del  
hombre como un ser que muere y ama,  
que muere con la muerte y se salva con el amor.  
María Zambrano, *hacia un saber sobre el alma*, 2001

El trabajo que hoy traemos a su consideración es un ejercicio de lectura de una novela latinoamericana, específicamente, de una novela brasilera cuyo autor es Jorge Amado. No tenemos la intención de hacer un estudio filológico, y mucho menos de crítica literaria, sino seguir de cerca la transformación que ocurre en un lector cuando se aventura a leer con una cierta apertura, llevado por el estado de encantamiento que un buen texto genera. Se preguntarán ustedes por lo que motivó la selección de esta novela, y respondemos a que nos impusimos dos condiciones: por un lado, era necesario enfrentarnos al tema de la violencia, tema central de este trabajo, pero despojándole de la dureza exacerbada de las estadísticas y notas casi morbosas que solemos encontrar en algún tipo de prensa; tampoco queríamos hacernos ecos de los trabajos de corte más académico, algunos de los cuales, por aportar cifras y argumentos más o menos convincentes, dirigen la atención directamente hacia su propio enfoque, no dando mucho margen para el disenso, ni para la imaginación. En consecuencia, la elección de la narrativa era casi un hecho. Siempre hemos creído que la narrativa literaria nos ayuda en la tarea de comprender la realidad mejor que muchísimos textos académicos.

En segundo lugar, quisimos explorar los imaginarios latinoamericanos de la problemática de la violencia, a través del relato de alguno de nuestros buenos escritores, que son tantos y tan variados, y donde a nuestro entender, a partir de la suma de sus visiones del mundo, de la gente, de sus problemáticas, sus sueños y padeceres, sin duda, sería suficiente para tener una comprensión profunda y amplia de la vida humana, en estas latitudes, por lo menos. Es innegable que buena parte de quienes leemos ésto, hemos aprendido a pensarnos desde los relatos y canciones que desde la cuna nos hablaban de lo bueno y lo malo, lo triste y lo alegre, de la vida y de la muerte. Nos interesa, pues, fenomenológicamente hablando, leer una obra, sin que eso signifique que nuestro propósito sea el de guiar o conducir vuestra lectura.

Sin embargo, el anhelo último, se ubica alrededor del *dar a pensar*. Pretendemos con ello insistir en el ejercicio que debe ser permanente en nosotros y también entre nosotros. Debemos pensar por nuestra cuenta, pero sumando a la cuenta de toda la ganancia. Y esa ganancia, entre otras cosas, podría ser la idea compartida de que todos nos merecemos la vida, sin que cada día tengamos que salir a probarlo, y aún más, sin que cada día, buena parte de esta humanidad, tenga que salir a pelear por un derecho que le pertenece: el de entre-todos construir una buena vida, una vida plena. Pero también, debemos aprender a con-vivir, debemos ganarnos el derecho de considerarnos humanos, cuando entre-todos seamos capaces

de condolernos y hacer algo para cambiar la realidad de otros muchos que no son culpables por carecer de casi todo, excepto el profundo odio que alimentan en sus almas por una realidad que no construyeron, que no pidieron, que fue heredada y que no saben cómo renunciar a esa maldita herencia. Sin embargo, debo hacer una aclaratoria. Ya que entremos en el ejercicio del dar a pensar, que cada quien lo asuma totalmente. No se puede dar a pensar algo indicando la dirección, ni siquiera en el cómo ha de pensarse, y mucho menos en lo que debemos hacer o decir. Lo que queremos señalar, es que esta lectura de la novela es nuestro ejercicio, queda pendiente el de ustedes, que estaremos dispuestas a escuchar llegado el momento.

Ahora que nos disponemos a resumir muy brevemente de lo que se trata la novela *Capitanes de la arena*, recordamos el desagrado que nos invade cuando alguien nos relata de lo que va una película que nos hemos propuesto ver. Pedimos excusas por ello, y ciertamente nos gustaría poder conseguir lo contrario, generar un estado de curiosidad que les acerque a leer la novela, ignorando en la medida de lo posible, nuestra lectura. En *Capitanes de la Arena* se narra parte de la vida de unos niños, la mayoría sin nombre, y de unos pocos con apodos, cuya suerte es la de miles. Se narra, decíamos el trayecto interminable y extrañamente corto a la vez, a través del cual se pasa de la niñez a la adolescencia en unos niños “que no son como los demás”, tal y como advierte el padre José Pedro, un personaje de la novela. Hasta aquí, pudieran ustedes preguntarse, ¿qué tiene de especial ese relato?, ¿qué tienen de especiales esos niños sin nombres? Precisamente, hacía falta la mirada de un gran escritor, para recoger de manera singular la cotidianidad de muchas vidas desapercibidas por la mayoría de nosotros en cualesquiera de nuestras capitales populosas. *Capitanes de la Arena* aparece en 1937, y como cosa curiosa, la primera edición fue confiscada por el Estado Novo, debido al escándalo que produjera la novela, porque resulta una suerte de crítica a una sociedad indiferente y acomodaticia, que no dudaba en sacrificar la vida de aquellos más desfavorecidos. Siete años hubo de transcurrir para que reapareciera, en 1944, esta maravillosa novela del escritor Jorge Amado.

El relato transcurre en el contexto de una ciudad latinoamericana, alrededor de la década de los treinta, concretamente en la Ciudad de Salvador de Bahía de Todos los Santos, la cual geográficamente se ubica en la región noreste del Brasil. La Ciudad de Salvador de Bahía de Todos los Santos, es capital del estado de Bahía. Era antiguamente llamada Bahía, inclusive por los habitantes del propio estado. También ha recibido algunos apodos como Capital de la Alegría (en portugués Capital da Alegria), debido a los enormes festejos populares, y Roma Negra, por ser considerada la metrópoli con el mayor porcentaje de negros localizada fuera de África. Salvador, a secas, es como le dicen los soteropolitanos, que es el gentilicio de sus habitantes. Constituye la tercera ciudad más poblada del Brasil y goza de una rica historia cultural y social. El autor de la novela, Jorge Amado, era oriundo de esa ciudad y sin lugar a dudas, en la novela se reconoce el profundo amor que sentía por su gente y por los sabores, olores y colores de esa pintoresca ciudad llena de vida y jolgorio.

## 2. Los niños lanzados a la arena.

Lo primero que diremos es que nuestra lectura es y será incierta. Conscientes estamos de ello. Así como no pretendemos robar el misterio a las cosas de la vida, de la misma forma, tampoco aspiramos a convencer a nadie de la razón de nuestra mirada. Por el contrario, hemos venido diciendo que aspiramos a que cualquiera de ustedes se sienta dispuesto a hacer su propia lectura, si es que no la han hecho ya. Simplemente, a veces, es más fácil para algunos de nosotros acercarnos a la vida a través de la lectura, que dejarnos abordar por la realidad misma. La incertidumbre es también tema en esta novela. En ella nos enfrentamos a lo accidentada que puede ser nuestra realidad, y también, al como por un giro del destino, de un accidente circunstancial, la vida de cada uno puede ser cambiada para siempre.

Por otra parte, el título de la novela ya nos va diciendo que no se trata de una novela común. Porque ¿existen capitanes de la arena y no de la ancha mar? Y por otra, ¿a qué tipo de condición, a cuál bizarra distinción, correspondería ese grado de capitán que no navega, sino que se desplaza por la arena? La imagen de las serpientes del desierto se nos presenta como sugiriendo una lectura sórdida, más animal que otra cosa, de esos pequeños capitanes. Es como si el autor, quien bien les conociera, intuyera con antelación cómo les denominaría la sociedad de Bahía en esos años treinta. Sí, esa sociedad les habría concedido ese título, más en sorda que en serio, más en calidad de desamparo que de cuidado, como aceptando de mala gana un cierto poder en esos niños, el poder de colocarles en situación incómoda, un poder que se convierte en temor, que se basa en el miedo y el desprecio, pero que a la vez señala un límite: ¡para ustedes los márgenes!. Desde el título, decíamos, ya se va perfilando una identificación poco feliz para los protagonistas de esta historia. Chicuelos que a los ojos de esa sociedad no pasan por poco más que animales, y que por hábitat tienen la arena de los muelles. Así lo da a entender la nota periodística con la que se inicia la novela y de la cual sólo transcribimos parte:

***Las aventuras siniestras de los “capitanes de la arena”. La ciudad está infectada de niños que viven del robo. Urge la intervención del Juez de menores y del Jefe de policía. Ayer hubo otro asalto. (...) “Capitanes de la arena”, nombre con el que se conoce a un grupo de niños asaltantes y ladrones que infectan la ciudad. (...) La banda se compone, por lo que se sabe, de un número superior a los cien chicos de las más diversas edades, desde los ocho años a los dieciséis años. (...) Se los llama “Capitanes de la Arena”, porque en los muelles tienen su cuartel general. Y su comandante es un muchacho de unos catorce años, el peor de todos, no sólo ladrón sino también autor de un asalto que cobró una víctima gravemente herida, en la tarde de ayer.***<sup>2</sup>

Niños que infectan la ciudad, niños que por casa tienen un viejo depósito abandonado y por patio de juegos, la arena que paulatinamente ha ido robando espacio al mar. El mar que otrora se detuviera frente al depósito y bañara con sus aguas el sitio donde ahora duermen

---

<sup>2</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena*. (Traducción de Estela Dos Santos) Buenos Aires, Editorial Losada, 1981, p.13.

los niños. Desde un principio, el autor señala un paisaje de abandono, describiendo como se ha ido viniendo a menos un sector de muelles y depósitos que en otra época estaban exultantes de vida y trabajo:

*Ya no atracan en su puente los veleros que iban a marcharse cargados. Ya no trabajan allí los negros forzudos que venían de la esclavitud. Ya no canta su canción en el viejo puente ningún marinero nostálgico. La arena se extiende, clara, frente al depósito. Y nunca más se llenó el inmenso caserón con fardos, con bolsas, con cajones. Quedó abandonado en medio del arenal, una mancha negra en la claridad de los diques. Durante años sólo lo habitaron los ratones que lo recorrían en sus carreras, que roían la madera de las monumentales puertas, que lo usaban como señores exclusivos(...) En esa época se había caído una puerta y uno de la banda, cierto día que pasaba por la extensión de sus dominios (porque toda la zona del arenal del dique, como toda la ciudad de Bahía, pertenece a los Capitanes de la arena), entró en el depósito. Resultó mejor hospedaje que la pura arena, que los puentes de los otros depósitos, donde a veces el agua subía amenazante. Y desde esa noche gran número de los Capitanes de la arena durmió en el viejo depósito abandonado.<sup>3</sup>*

Se dice que a partir de ese momento, el depósito acogió todo tipo de cosas extrañas que los niños trasladaban pero:

*No más extrañas que aquellos chicos, de todos los colores y de las edades más variadas, desde los nueve a los dieciséis años, que a la noche se extendían por el piso y por debajo del puente, indiferentes al viento que rodeaba al caserón ululando, indiferentes a la lluvia que muchas veces los mojaba, pero con los ojos prendidos a las luces de los barcos, con los oídos presos de las canciones que venían de las embarcaciones.<sup>4</sup>*

En realidad, sólo unos cuarenta preferían dormir en el depósito abandonado, entre ellos, su jefe, Pedro Bala. Desde los cinco años merodeaba por la arena, su melena rubia al aire y la cicatriz rojiza en su mejilla. Dueño de una agilidad sin par, su arrojo y valentía eran conocidas y respetadas por todos los demás. Apenas tenía quince años y ya la ciudad hablaba de él como el jefe de una banda temible, de aproximadamente cien chicos, “vestidos de harapos, sucios, agresivos, mal hablados, fumadores de puchos, eran los dueños de la ciudad, a la que conocían totalmente, a la que amaban totalmente, eran sus poetas”.<sup>5</sup> Por otra parte, en la descripción del autor se logra un ambiente subyugante, casi seductor, de esa ciudad que se escapa a todo lo habitual, para dar paso a todo lo posible y misterioso de algunas vidas que responden al ciclo de las mareas y de las profundidades del mar. En sus páginas, hay espacio para los rituales ancestrales, ritmos del tambor y las ofrendas a las divinidades que disponen de nuestras vidas, y también para un saber mítico-religioso que parece haberse escondido en las entrañas de los lugareños y que naturalmente, se despliega cuando se está en situación. El ritmo de la novela, de los cuerpos, de esa vida palpitante e incomprensible, parece llevarnos por el vaivén de las olas, que se experimenta como el vaivén entre la vida y la muerte, entre

---

<sup>3</sup> *Idem*, pp. 29-30.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> Amado, Jorge. Capitanes de la arena...p.31.

el horror y la belleza, entre el honor y la miseria, entre el odio y el amor, entre el estallido de la violencia que da paso a la quietud.

### 3. Una razón poética para los niños de la arena

Desde hace algún tiempo, nos hemos estado convenciendo de que no podemos seguir haciendo lecturas insulsas. El compromiso es doble, dado que también invitamos a leer a nuestros estudiantes, y no queremos seguir convocando a una lectura donde nada nos pase. Sobre todo, porque ya es suficiente con el hecho de convivir en una sociedad donde se anestesia la *razón sentiente*, como diría Zubirí, o la *razón poética*, como la denominaría María Zambrano.

Queremos, necesitamos provocar con nuestra invitación a la lectura reflexiva una suerte de actitud distinta, algo así como asumir el lema que repetimos cada curso en clase, de que “con cada lectura experimentemos una pena, un dolor, una alegría, un sentimiento nuevo por explorar, por experimentar”. Porque el hombre, la mujer ha de crecer en equilibrio, y no es de sabios el procurar alimento para la razón y no para el alma. Desde hace muchos años María Zambrano viene advirtiendo sobre el fracaso de una forma de pensar en Occidente y de una cultura que:

Ha fracasado y su fracaso es nuestro dolor, porque al fin hemos crecido en ella. Pero está bien probado que ya no sirve para que el hombre viva en ella. Hoy se siente el hombre que nació en esa cultura exasperado, hambriento y más desnudo que nunca ha estado hombre alguno, abandonado a sus instintos, a su soledad. Todo intelectual que aún lo sea, es decir, que tenga cierta conciencia del papel de la razón en su vida, se ha sentido y más que nadie tal vez, desamparado, sin antiguas prerrogativas, en plena calle. Y en medio de ella, en medio de la lucha en campo abierto, entre las tinieblas del porvenir y sin el prestigio del pasado, es como ha de nacer y como está naciendo la nueva razón.<sup>6</sup>

María Zambrano reclama una nueva razón, una razón femenina, una razón apasionada, una razón poética. La filósofa nos recuerda que el filósofo es un arquitecto de la palabra y que gracias a ella, es un constructor del pensamiento. Entonces con la razón poética, lo que estamos queriendo decir, es que cualquier realidad sobre la que pensamos no es sin más lo que ahí está, sino lo que percibimos de ella, lo que de ella se nos muestra, que no depende sólo de sí misma, sino de nuestra propia mirada, de nuestra manera de mirar. Y de nuestra posibilidad de decir, agregamos con modestia, y es de esto a lo que nos referimos cuando decimos que este ejercicio es a todas luces, incierto. Porque hoy lo hemos visto de esta manera y lo hemos dicho tal y como hemos podido, quizás el mañana nos depare otras miradas y también otras palabras. De no ser así, habremos muerto. Zambrano nos recuerda que:

Se trataría por tanto de descubrir un nuevo uso de la razón más complejo y delicado, que llevara en sí mismo su crítica constante, es decir, que tendrá que ir acompañado de una

---

<sup>6</sup> Véase María Zambrano. *Los intelectuales en el drama de España*. Madrid, Hispamerca, 1977, pp.50-51

conciencia de la relatividad. El carácter de absoluto atribuido a la razón y atribuido al ser es lo que está realmente en crisis y la cuestión sería encontrar un relativismo que no cayera en el escepticismo, un relativismo positivo. Quiere decir que la razón humana tiene que asimilarse al movimiento, el fluir mismo de la historia, y aunque parezca poco realizable, adquirir una estructura dinámica en sustitución de la estructura estática que ha mantenido hasta ahora.<sup>7</sup>

Una razón que se mueva al vaivén de la mar, al soplo del viento, al aliento del corazón. Porque no nos ha valido de mucho el confiar en una razón que puede traicionarnos, mientras se erige como una fortaleza del ser humano. Esa razón que no se incomoda, que no se expone a la crítica, que excluye a la intuición, al sentido común, al sentimiento, es una razón que nos reduce, nos simplifica, nos aísla. Por eso es que nos hemos decidido por una lectura de la novela atravesada por una pedagogía del testimonio, que es producto de una razón compasiva, y en el fondo, sabemos que esta novela se acoge a sus principios. Una pedagogía del testimonio, en palabras de Mèlich, es la transmisión de una experiencia, que al ser particular, intransferible, solo logra transmitir una ausencia, un vacío. Señala Mélich<sup>8</sup>:

De ahí que una pedagogía del testimonio enlace directamente con la primera idea de una ética de la compasión: no hay ética porque sepamos qué es el bien sino porque hemos vivido la experiencia del mal. Una ética de la compasión sostiene que la transmisión testimonial no consiste en imponer un modelo a seguir o a imitar, sino en *mostrar* el dolor del otro, un dolor que no es ni el del testigo ni el del receptor del testimonio, sino el de la víctima. El testimonio pretende mostrar que este dolor sigue vivo y que merece ser, en lo posible, recordado.

¿Quién es la víctima? Víctimas somos todos en algunas circunstancias. Pero hay gradientes en la experiencia del mal, así como hay gradientes en la devolución que hacemos de la violencia que nos toca experimentar. Porque es indudable que en todos nosotros existe la posibilidad de convertirnos en violentos, por eso mismo es por lo que optamos por una pedagogía del testimonio, donde “el ojo por ojo y diente por diente” se erradique y se ensaye con opciones compasivas. Sin embargo, hemos dicho bien. La cuestión sería ensayar, ya que una pedagogía de esta índole no pretende decirle a nadie lo que debe hacer. Aunque quisiera no podría, porque no sabe hacerlo, porque no tiene certezas, y en ocasiones se queda muda, anhelante de las palabras que permitan reiniciar la marcha del pequeño barquito que somos.

#### **4. Entre lágrimas, rabia y ternura, de la mano con los niños de la arena.**

Por otra parte, ubicados en la novela, nos ha tocado que el vacío, y la falta de palabras condicionan este viaje que pretendemos hacer y ratifican la imposibilidad de la transferencia de la experiencia de la que nos hablara Mèlich. ¿Cómo hablar de lo que no se sabe, de lo que no se ha experimentado con tal intensidad? Estamos por lo tanto, ustedes y nosotras

---

<sup>7</sup> Véase María Zambrano. *Los intelectuales en el drama de España*. Madrid, Hispamerca, 1977, p. 93

<sup>8</sup> Jean Carles Melich.

condenados a iniciar un viaje como lo haría un marinerito chiquitico, inexperto, inseguro. ¿Cómo poder calibrar en su justa medida, cómo comprender la conformación de una identidad en la precariedad, en el total abandono, en la más injusta desesperanza, quienes hemos tenido familia y hemos gozado de la seguridad, que como tierra fértil, permite el crecimiento de la semilla?

Desde el inicio, la novela nos presenta la mirada penalizante de una sociedad que escabulle el problema y también la solución. Son muy pocos los que se cuestionan la presencia de una anormalidad en la marcha tranquila de una ciudad asentada. Ciertamente, no deja de ser una anormalidad, una situación indeseada, la existencia de un grupo de personitas que más que vivir, parecen subsistir, y que acarrear una cierta incomodidad, en el pacífico transcurrir de la vida de una ciudad.

Debemos aclarar, sin embargo, que la novela no tiene un tono amargo y mucho menos de conmiseración y pena. Por el contrario, hemos creído encontrar en estas páginas una vitalidad envolvente, una apuesta por la vida y a la vez, la aceptación de que la vida humana transcurre entre juegos de vida y de muerte. Lo que no deja de ser una ironía, una llamada de atención. Los personajes, chicuelos en su gran mayoría anónimos, no dejan de jugarse la vida, mientras sobreviven a su destino incierto y descomunamente duro. No se trata en su caso, de jugar para aprender a vivir, como naturalmente sería para la mayoría de los niños, sino del cultivo de cierta intrepidez, mezcla de desafío y de irracionalidad, que les permite ir llevando una vida que permanentemente se pone en riesgo.

Día a día, el juego es de vida y también de muerte. Y no sólo nos referimos a las peripecias que ponen en alto riesgo físico la vida de los niños, sino que aludimos a la muerte del alma, a la creciente pérdida de la esperanza, mientras se amontona la experiencia del dolor y el abuso, mientras crece el sentimiento sórdido del odio y la necesidad de la venganza como una erupción que abraza el cuerpo y sofoca el alma; mientras se acumula el abandono del pensar-se porque poco a poco, el dolor se hace insoportable.

En esta novela, como en la vida real, todos estos niños, niños de los márgenes, están destinados a ser nada, a ser negados, tal y como una y otra vez las circunstancias y las personas involucradas en ellas, se lo han hecho ver. Niños prescindibles, niños odiados, niños, que según algunas de las voces que se escuchan en la novela, no son niños, sino ladrones, maleantes, gente del mal vivir, como si eso no fuera una condición que pudiera cambiarse ante la certeza fundamental del estar vivos.

Frente a esos niños despreciados, la gente actúa como si la pobreza fuera una enfermedad terriblemente contagiosa, y no una condición que pudiera transformarse. La suciedad les espanta, la falta de ropa les crispa, las maneras poco educadas, les escandaliza, el lenguaje sordaz e irrespetuoso, les atemoriza; pero no son capaces de sostener la mirada cuando el rostro suplica no un pedazo de pan, sino el mínimo reconocimiento. El respeto por otra vida.

Por eso es que algunos de los niños-personajes no entienden a los otros que no son como ellos. Curiosamente, van creciendo de talla y fuerza física, pero su capacidad de empatía, y el desarrollo de los valores sociales, son prácticamente inexistentes. Como perritos callejeros, son sensibles al dolor, pero desconocen los matices sentimentales. Ilustremos esa confusión con este pequeño extracto de lo que le sucede al *Profesor*, uno de los niños, dotado de un talento natural para el dibujo, cuando ofrecía sus caricaturas a los lugareños, para ganarse el sustento: “*Iba sin pensar, con un nudo en la garganta. Había querido ser agradable y ganarse algún dinero.. Obtuvo dos puntapiés y palabrotas. No comprendía. ¿Por qué los odiaban así en la ciudad? Eran unas pobres criaturas sin padre ni madre. ¿Por qué esos hombres bien vestidos los odiaban tanto? Se fue con su dolor.*”<sup>9</sup> Pero como bien advierte el padre José Pedro, hombre piadoso

*¿cómo tratar a los Capitanes de la arena? No eran criaturas iguales a las otras... Sabían todo, hasta los secretos del sexo. Eran como hombres, aunque seguían siendo niños... No se podía tratarlos como a los niños que van al colegio de los jesuitas a hacer la primera comunión. Aquellos tienen madre, padre, hermanas, confesores, ropa y comida. Tienen todo... Pero quién era él para darle lecciones al canónigo... El canónigo sabía de todo, era muy inteligente. Podía oír la voz de Dios... Estaba cerca de Dios... (él) no había sido un alumno brillante... Había sido de los peores... Dios no iba a hablarle a un sacerdote ignorante.*<sup>10</sup>

El padre José Pedro era consciente de que eran diferentes. Pero su diferencia radicaba justamente en lo que debía ser igualitario: esos niños carecían de todo. Por eso él se empeñaba en llevarles el mensaje de Dios. La tragedia del padre José Pedro es que tampoco cree en sí mismo, también él ha sido pasto de la vanidad de otros como la del canónigo, su superior. Se sabe hombre de poco pensar, y sólo los niños le harán entender a la larga, que una vida bondadosa es también sabia, en la sabiduría que cuenta, la que nos hace felices. Mientras tanto, también decimos como el padre, que ciertamente no es fácil comprender a esas criaturas mitad hombres, mitad niños. Tampoco ellos pueden ayudar mucho al padre en ese objetivo. Es muy poco lo que se piensan a sí mismos, viven en una inconsciencia generalizada, como ejemplo, el caso del *Sem-Pernas*, quien no sabe cómo escapar, cómo evitar el pensar su dolor y frustración:

*Lo que él quería era felicidad, alegría, huir de esa miseria, de toda esa desgracia que los envolvía y los estrangulaba. Es verdad que en las calles había gran libertad. Pero también había la carencia de afecto, la falta de alguna palabra de cariño. (...) Pero el Sem-Pernas quería algo inmediato, algo que lo hiciera feliz, que lo librara de la necesidad de reír de todos y de todo. Que lo librara también de esa angustia, de esas ganas de llorar que le venían en esas noches de invierno. No quería eso que tenía la cara de Pirulito, esa exaltación. Quería alegría, una mano que lo acariciara, alguien que le hiciera olvidar su defecto físico con mucho amor, que le hiciera olvidar los muchos años (quizá sólo habían pasado meses o semanas, pero para él igualmente eran*

<sup>9</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena*...p.104.

<sup>10</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena*...p.163.

*largos años) que había vivido solo en las calles de la ciudad, hostilizado por los hombres que pasaban, empujado por los porteros, zurrado por los muchachos más grandes. Nunca tuvo familia.*<sup>11</sup>

Cuando el pensar-se sólo trae dolor, se evita. Para el *Sem Pernas* es más fácil burlarse del otro, ponerle sobrenombres, ridiculizarlo cuando se pueda, eso en el caso del presunto compañero de desgracias; pero con el de afuera, como por ejemplo, con ese panadero que otrora le pegase con frecuencia, mientras le hacía llamarle padrino, o con esas señoras a las cuales engañaba haciéndose pasar por un pobre huérfano desvalido, ciertamente, con ellos se vengaba.

*El Sem-Pernas sentía verdadera satisfacción al pensar en cómo se sentirían burladas esas señoras que lo habían tomado por un pobre huérfano. Así se vengaba, porque su corazón estaba lleno de odio. Confusamente, deseaba tener una bomba (como la de una historia que les había contado el Profesor) que arrasara con toda la ciudad, que se llevase todo por el aire. Entonces se alegraría (...) Entonces estaría alegre y no tendría más envidia, ni desprecio, ni rabia de Pirulito, que con las manos levantadas y los ojos fijos, huía de su mundo de sufrimientos hacia otro mundo que había conocido en las palabras del padre José Pedro.*

En el *Sem Pernas* no existe el deseo de ganar el cielo, ese cielo que el padre José Pedro con mucha dificultad les ha intentado explicar. En el fondo, desprecia a *Pirulito*, el creyente y temeroso del Señor, lo cree débil y temeroso, eso de pedir perdón no va con él. Él va con el odio, un odio que hinca y da de comer, le da fuerzas, le da aliento para continuar. Y también la venganza, como el deseo de devolver el mal, las humillaciones, el desprecio. Los mismos sentimientos alimentan a muchos de ellos, en otros, existe la indolencia, el despojarse de los sentimientos y de las aspiraciones. Se vive cada día como se puede, no hay pasado ni futuro, sólo un enorme presente que amenaza con arrastrarlos a la mar, a la inmensidad de la nada, a la oscuridad profunda del océano. Y el barquito chiquitico, que es cada uno de ellos, va a la deriva, balanceándose, peligrosamente en un mar que en ocasiones arremete con una furia inexplicable.

Para esos niños, la violencia es un acontecer diario. Han vivido en la violencia. Entre sus normas de convivencia, han tenido que prohibir las peleas y cuando ocurren, más bien obedecen a un comportamiento animal de desafiar la autoridad en pro de convertirse en el macho alfa. Nos ha parecido incluso, que en ocasiones ellos reparten violencia sin percatarse de ello, o quizás no, ellos reparten violencia porque no conocen otra forma de relacionarse. En la novela, hay una escena dantesca de violación de una niña por Pedro Bala, el que funge de jefe, quien recordemos, apenas tiene unos quince años. La escena nos hace pensar en la persecución de un animal depredador frente a su presa. En esa cacería no hay cabida para la compasión, se busca el goce, un placer que tiene más de castigo que de deleite. Impresiona como la demostración grotesca del poder de uno sobre el otro, un poder absoluto, que juega

---

<sup>11</sup> Amado, Jorge. Capitanes de la arena...p.40.

con la vida en una danza que disuelve la humanidad en el sudor que exudan unos poros abiertos como fauces en el ejercicio de la posesión.

¿Podría decirse que Pedro Bala es violento? Depende, son los apetitos de Pedro los que están sin control, y cual animal que dispone de su territorio, se ataca al débil que incursiona en él. Sin embargo, impresiona la falta de piedad, el llanto de la niña no le dice nada, y en el ambiente tropicalizado de la playa, a nosotros, testigos de esa violación, se nos hiela la sangre al notar el ténpano en que se ha convertido el corazón de Pedro. Sí, también estos niños, estos adolescentes, han sido permeados por la violencia que recrean una y otra vez, como si al hacerlo pudieran liberarse de su martirio. De una inconsciencia que los devora por dentro, y se convierte en fuerte coraza por fuera. Es como si en el fondo de sí recreasen la tempestad, y la sacasen fuera, y con ella los demonios que alientan los vientos y las marejadas, y juntos bailasen, en una orgía voluptuosa de dolor y carne, de carne viviendo y de carne muriendo, de carne atrapada en los juegos de vida y los juegos de muerte.

Hace falta pues acercarnos a esa realidad compasivamente, enfundados en una pedagogía que deje de manipular, de castigar, de ser indolente. Cuando en la escuela se manipula o se castiga, enseñamos que quien ostenta el poder, puede abusar de él. Cuando ignoramos lo que a todas luces se hace evidente, las pequeñas tragedias de todos los días de nuestros niños o jóvenes, entonces enseñamos la indolencia, la indiferencia, que es la forma más educada del egoísmo. Pero con esto no queremos decir que lo sepamos todo, ni siquiera tendríamos que saberlo; por ello es que tampoco reclamamos una pedagogía basada en el “modelo” como es característico o tradicional en lo pedagógico, no se trata de que como maestros “modelemos” lo que no sabemos, lo que no conocemos, sino lo contrario, que nos dejemos impregnar por la tragedia de la “ausencia”, de lo que no tiene palabras, de lo que simplemente se nos hace presente y ante lo cual debe responderse, entonces, y sólo entonces daremos una respuesta ética. En este sentido, pudiéramos decir que lo que más nos conmoviera de la novela fue la exposición de los rostros, esa categoría que Levinas trae para hacernos pensar en los cuerpos que no son formas, sino circunstancia, en la fragilidad que somos, y que pide a toda voz el reconocimiento, la escucha.

Esos rostros de la novela, no sólo el de los niños, sino también el de otros personajes, desafían nuestra comodidad, rostros como el del padre José Pedro, o el de doña Esther, que apenas se esboza en la novela, dedicándole una pocas páginas acaso, pero que logra cambiar el sentir del *Sem Pernas*, ofreciéndole el trato protector y amoroso de una madre. La fragilidad de esos rostros, oculta entre los cuerpos andrajosos, sucios y sin gracia de esos niños, alguno con una malformación, como en el caso del *Sem Pernas*, otros desfigurados como el caso de Pedro Bala. O la desesperación del padre José Pedro por ayudar a esos niños, queriendo contagiar su sensibilidad amorosa a su superior, a las damas devotas de su iglesia, esa fragilidad repetimos, se nos hace una y otra vez presente, hasta conmovernos del todo, hasta hacernos pensar que formamos parte del problema, hasta hacernos sentir incómodos por nuestras alegrías, nuestras comodidades, nuestras querencias.

## 5. Del tiempo incierto de una infancia que agoniza cada día.

Dicen que el tiempo todo lo cura. Y también con el tiempo se aprende, o se aprende porque el tiempo transcurre, o porque la vida es curso, o porque la vida se da en el transcurso, en fin, la vida se da en la forma tiempo, y tiempo es lo que tuvieron esos niños. Tiempo para vivir y tiempo para morir. Para algunos, los menos y afortunados, el tiempo trajo ventura, para los más, una muerte apresurada. No podía ser de otra manera, decimos, para el que perdió la esperanza, para el que arriesga la vida sin poner a prueba nada, y sin embargo, nos pone a prueba a nosotros, los mirones de palo, dicen en mi pueblo.

Mucho del imaginario de la violencia que poseemos es perjudicial. Como si nos condenara al condenar al otro. No busca la liberación, sino el pesar que trae la culpa, y con ello el desaliento y la negación de la vida. Ya lo planteaba Freud, que en nosotros existían dos tendencias: una de muerte, otra de vida. Si extrapoláramos esta sentencia, ¿podríamos pensar en que también habitan en nosotros la violencia y la paz? Como si a lo largo de la vida, se activara alguna de ellas dependiendo del transcurso de la misma, de la capacidad de olvido, de la posibilidad del perdón. Y de la necesidad de amar y ser amado. Como en el caso del *Sem-Pernas*, quien por fin había conocido el amor maternal:

“No pensaba, no veía nada. Sólo la suave caricia del beso, una caricia como nunca había tenido, una caricia de madre. Sólo la suave caricia en su mejilla. Era como si el mundo hubiera quedado detenido en ese momento del beso y todo hubiera cambiado. Sólo había en el mundo entero la sensación suave de aquel beso maternal en la mejilla del *Sem-Pernas*”<sup>12</sup>.

Pero no fue suficiente amor para cambiarlo, no hubo suficiente tiempo para pensar en cambiar. Los demonios de la mar eran muchos y muy potentes, su danza frenética arreciaba, y el débil niño, ese marinerito inexperto, sucumbió a la tormenta. Una tormenta que sacudía su alma frente a una decisión que le dividía en dos: seguir o abandonar la ruta fijada en su inconsciencia. Cuando le ofrecieron un hogar, ella, una madre sin hijo, a él, un niño sin madre, por un momento pensamos que sería posible su salvación. Pero cuando la banda de los Capitanes de la Arena lo conminó, y él, leal respondió, supimos que su corazón se había entregado a la catástrofe, a lo inevitable, al juego macabro que apostaba por la muerte, desechando así, la única oportunidad de ser feliz que la vida le brindase. Algún tiempo después, apenas unos días, se enfrentaría con la muerte, en un juego del cual decidiera no salir vivo. Resulta que tras no haber salido bien el asalto de la casa de la calle Rui Barbosa, el *Sem-Pernas* se vio casi atrapado por la policía:

*Eran hombres de piernas más fuertes que las suyas, y encima rengo; no quería que lo agarrasen. Se acordaba de la vez que estuvo preso. De los sueños. No lo agarrarán y mientras corre, ése es su único pensamiento. Los policías van pegados a sus talones. El Sem Pernas sabe que los llenará de satisfacción agarrarlo, que la captura de uno de los Capitanes de la Arena es una hazaña para un policía. Esa será su venganza. No dejará*

---

<sup>12</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena...*p.104.

*que lo agarren, no le pondrán una mano en el cuerpo. El Sem Pernas los odia como odia a todo el mundo, porque nunca pudo tener un cariño. Y el día que lo tuvo debió abandonarlo porque la vida ya lo había marcado demasiado. Nunca había tenido una alegría. Se había hecho hombre antes de los diez años para luchar por la más miserable de las vidas: la vida de un niño abandonado. Nunca había amado a nadie, a no ser ese perro que lo sigue (...) Los tiene pegados a los talones pero no lo agarrarán. Piensan que se va a detener en el gran elevador, pero el Sem-Pernas no se detiene. Sube el pequeño muro, vuelve la cara hacia los policías que todavía corren, se ríe con toda la fuerza de su odio, escupe en la cara de uno de ellos que ya extiende los brazos, se tira de espaldas en el vacío como si fuese un trapecista de circo.<sup>13</sup>*

La figura del trapecista de circo cayendo es impactante. Sin duda posee una belleza trágica singular. Desde siempre, el circo ha significado un lugar donde el misterio, la magia y la belleza se dan cita y nos permiten vivir por unos minutos la ilusión de que todo es posible. El circo es el espacio donde nos sentimos más vivos, más temerarios, más potentes. Pero para el *Sem -Pernas* no hubo escapatoria. Su odio pesaba demasiado como para que el pequeño barquito que era remontase las olas tormentosas que amenazaban su vida. Su juego, era a todas luces un juego de muerte.

Desde hacía tiempo había perdido toda esperanza, no quería saber de nada ni de nadie, había tocado fondo, la serena oscuridad del mar le atraía, como si fuese un espejo donde se reflejase su alma: oscura, impenetrable de luz, que serpenteaba entre las olas mientras la tormenta se aproxima. Un trapecista que terminó en la arena, de donde saliera ese niño-capitán. Una tragedia que se pudo evitar, si el mundo fuera otro, si no estuviera tan lleno de dolor, de injusticia, de violencia. Si el *Sem-Pernas* no hubiera perdido toda esperanza, y probablemente, si tú y yo hubiéramos hecho nuestro trabajo, el de entre-ayudarnos, como bien decía el maestro Simón Rodríguez, y que entendemos, no es sino una forma más de reconocernos y de responder al compromiso con la vida.

### **A manera de cierre: la esperanza a pesar de todo**

Como nos gustaría que, como toda canción infantil, un final feliz acompañase la historia de todos esos niños-hombres. Pero sólo para algunos de los capitancitos de la arena que otrora fuesen, hubo futuro, rumbo cierto, después de una difícil travesía. Algunos de estos niños desafiaron su destino, y gracias a que las vicisitudes no le robaron los sueños, pudieron imaginarse siendo otros. En el fondo, tal y como María Zambrano señala:

En el interior del hombre anida obscuramente la esperanza y aún bajo ella el anhelo. Vivir es anhelar, ha dicho Ortega y Gasset. El anhelo es la primera manifestación de la vida humana, así como la del animal es el impulso de satisfacer una necesidad. La diferencia del anhelo respecto a la necesidad animal es su indeterminación (...) El anhelar humano no tiene siempre un término conocido, puede muy bien no ser anhelo de algo determinado. (...) El anhelo es signo de un vacío. El hombre podría definirse- una

---

<sup>13</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena...*p. 258.

de tantas posibles definiciones- como el ser que alberga dentro de sí un vacío; el vacío sólo aparece en la vida humana. El anhelar es como la respiración del alma. Presupone un vacío que ha de llenarse, ese dentro que es la vida donde quiera que se muestre. En el ser humano este vacío es metafísico, podría decirse, puesto que nada lo calma. Un vacío que es llamada y tensión.<sup>14</sup>

Y que sólo puede apaciguarse con la esperanza y con todo lo que partir de ella viene. Esperanza fue lo que siempre guardó en su corazón *Pirulito*. Desde la primera vez que oyó al padre José Pedro hablar de Jesús, de Nuestra Señora de los siete dolores, el niño se volvió entero hacia Dios.

*Pirulito sentía el llamado de Dios, que era intenso, y quería sufrir por él. Se pasaba horas y horas arrodillado, dormía en el suelo raso, rezaba hasta que el sueño lo derribaba, le escapaba a las negritas que le ofrecían su amor en la arena caliente de los muelles (...) Su esperanza era ser un día sacerdote de Dios, vivir sólo en su contemplación, vivir exclusivamente para él. La bondad de Dios le daba esperanzas. El temor de Dios vengándose de los pecados de Pirulito lo hacía desesperar.*<sup>15</sup>

Si no hubiera sido por el padre José Pedro, quien creyéndose ignorante atestiguaba con el ejemplo, *Pirulito* habría muerto de mengua. El amor floreció en él y él floreció en el amor. Pero era un amor que cubría a todos, se preocupaba por todos, y pedía perdón por todos, por la clase de vida que llevaban, porque tenían que robar para sobrevivir, después de todo, no eran los Capitanes de la arena los culpables, la culpa era de la vida, y ¿quién acusaría a la vida? El padre José Pedro los comprendía, les quería bien, desde que le escuchó por primera vez, una pequeña luz se concentró en su corazón, con el tiempo fue creciendo, haciéndose una llama potente, una razón de vida. Y el niño se entregó a la esperanza., y con ello entró en un juego de vida.

Otro tanto pasaría con Pedro Bala, la muerte de Dora lo había casado con la vida. Y la vida merecía jugársela por una causa como la revolución:

*La revolución llama a Pedro Bala, como Dios llamaba a pirulito en las noches del depósito. Es una voz poderosa, poderosa como la voz del mar, como la voz del viento, tan poderosa como una voz que no se puede comparar con nada. (...) La voz lo llama. Una voz que alegra, que hace latir el corazón. Ayudar a cambiar el destino de todos los pobres. Una voz que atraviesa la ciudad, que parece venir de los atabales, que resuena en las macumbas de la religión ilegal de los negros. Una voz que viene con el estruendo de los tranvías, donde van los conductores huelguistas. Una voz que viene del puerto, del pecho de los estibadores, de Joao de Adao, de su padre muriendo en una manifestación, de los marineros de los barcos (...) Una voz que viene también del padre José Pedro, sacerdote pobre de ojos asombrados ante el destino terrible de los Capitanes de la arena(...)Que viene del odio del Sem-Pernas tirándose desde el elevador para no entregarse. Que viene de Alberto, el estudiante, pidiendo escuelas y libertad para la cultura. Que viene de los cuadros pintados por el Profesor, en los que los chicos*

---

<sup>14</sup> Zambrano, María. *Persona y democracia*. San Juan de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública, 1958, p. 51

<sup>15</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena...*p.118.

*harapientos luchan en una exposición de la calle Chile(..) Una voz que viene de todos los pobres, del pecho de todos los pobres. Una voz que dice una bella palabra de solidaridad y de amistad: compañeros. Una voz que invita a la fiesta de la lucha. (...) Voz que llama a Pedro Bala. Como la voz de Dios llamaba a Pirulito (...) Voz poderosa como ninguna. Porque es una voz que llama para luchar por todos, por el destino de todos, sin excepciones.*<sup>16</sup>

Pedro Bala los había interpretado, le habían hecho jefe antes de que pudiera entenderlos. Primero tuvo que rescatarse a sí mismo, antes de poder ser consecuente con los demás. La capacidad de Pedro de aprender de todos, le permitió atesorar un saber de experiencia colectivo, un saber que se hizo prudencia, un saber que se convertía en coraje, un saber que transmutaba en pasión de justicia. Pedro Bala se convirtió en el padre de unos niños que al igual que él, nunca lo tuvieron. Porque padre no es quien pone la semilla, sino el que la cuida, el que la hace crecer, contra toda dificultad.

Para algunos, de donde vino la violencia vino también la paz. Hay esperanza cuando se juega a vivir. Hay vida en la esperanza. Con la esperanza se cree llenar el vacío que atormenta, no se sabe bien de dónde sale, pero se siente. A veces el vacío se llena con la rabia, una rabia que de tan grande, por momentos, uno se imagina lleno y poderoso. Atrás quedaron los tiempos donde no se dominaban los apetitos, donde se peleaba el territorio como fiera herida, por el hambre, por un precario techo y un poderoso sentido vital. Pero Pedro Bala ya no se confunde y sabe bien hacia dónde dirigirla. Ahora su vida tiene un sentido, hay una voz que le recuerda las voces de quienes han sido justos con él, que le recuerda a todos quienes han padecido dolor. Quien ha padecido el mal, ahora sueña con la justicia, es como si hubiera hallado por fin su herencia: la que le dejara su padre y rescatara del fondo de sí. Su padre, un hombre valiente y visionario, la gente de los muelles le recordaba como un justiciero. También Dora había ayudado a que él encontrase su vocación, la de cuidar de los otros, los débiles, los indefensos, los que eran como él había sido, antes de aprender a jugar por la vida.

El padre José Pedro, la pequeña Dora, el mismo Pedro Bala son testimonio de una pedagogía posible que no pasa necesariamente por la escuela. Pudiera pasar por ella, si la escuela aprendiera. Si la escuela escuchara. Si su sentido fuese el de algo más que enjuiciar, normalizar, disciplinar. Si realmente se hiciera responsable, si se convirtiera en una escuela compasiva, algo así como a-compasar, pasar con el otro, ponerse al tono del compás que marca el otro cuerpo, como si fuese a bailar, a danzar con el ritmo de las mareas, mientras los capitanes de la arena juegan a sortear los juegos de vida y los juegos de muerte. Mientras haya esperanza. Mientras se apueste por la vida.

---

<sup>16</sup> Amado, Jorge. *Capitanes de la arena...*pp. 274-275.

## Referencias Bibliográficas

- AMADO, Jorge. *Capitanes de la Arena*. (Traducción de Estela Dos Santos), Buenos Aires, Editorial Losada, 1981.
- EAGLETON, Terry. *Dulce violencia. La idea de lo trágico*. (Traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra). Madrid, Editorial Trotta, 2011.
- FROMM, Erich. *La revolución de la esperanza. Hacia una tecnología humanizada*. (Traducción de Daniel Jiménez Castillejo). México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- HAROCHE, Claudine. *El porvenir de la sensibilidad. Sentidos y sentimientos en cuestión*. (Traducción de María Valeria Di Battista). Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.
- MARÍAS, Julián. *La educación sentimental*. Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- MÈLICH, Joan-Carles. *Ética de la compasión*. Barcelona, Herder, 2010.
- ZAMBRANO, María. *Hacia un saber del alma*. Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- \_\_\_\_\_. *Los intelectuales en el drama de España*. Madrid, Hispamerca, 1977.
- \_\_\_\_\_. *Persona y democracia*. San Juan de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública, 1958.